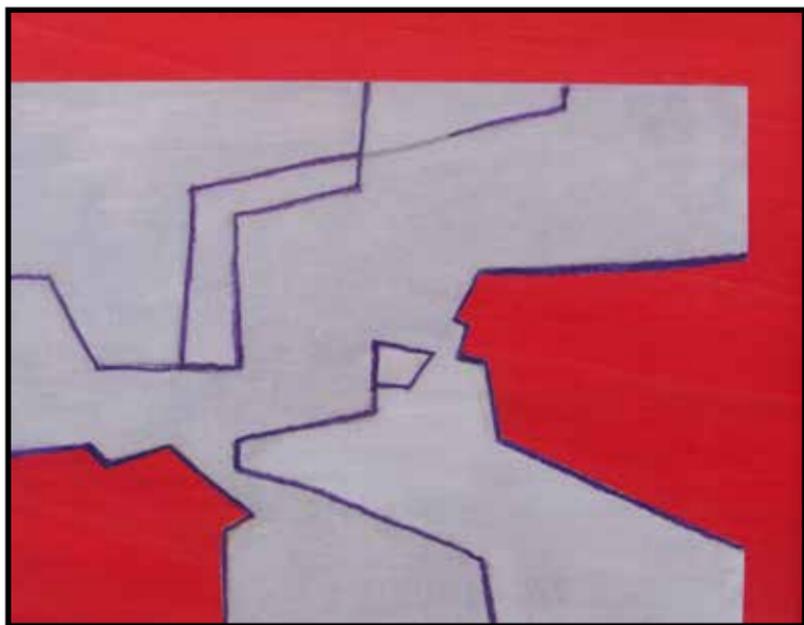


LILLIAM MORO

TABLA DE SALVACIÓN



BETANIA

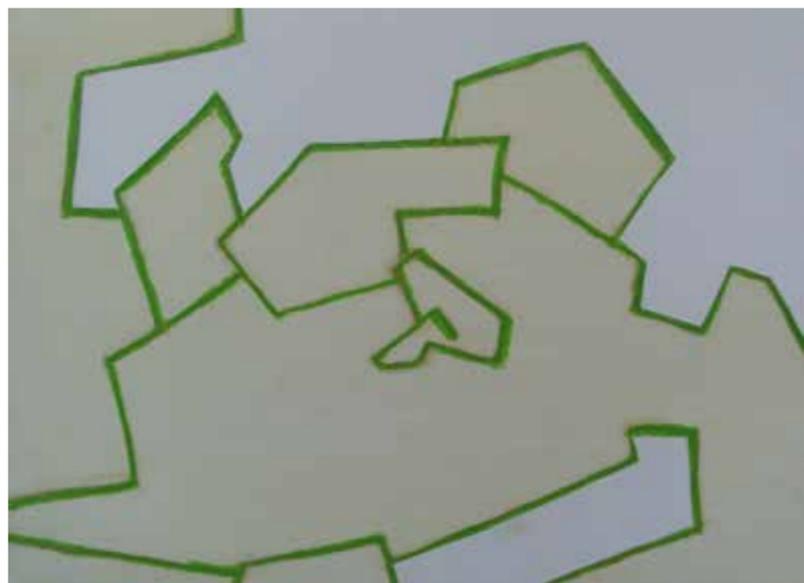
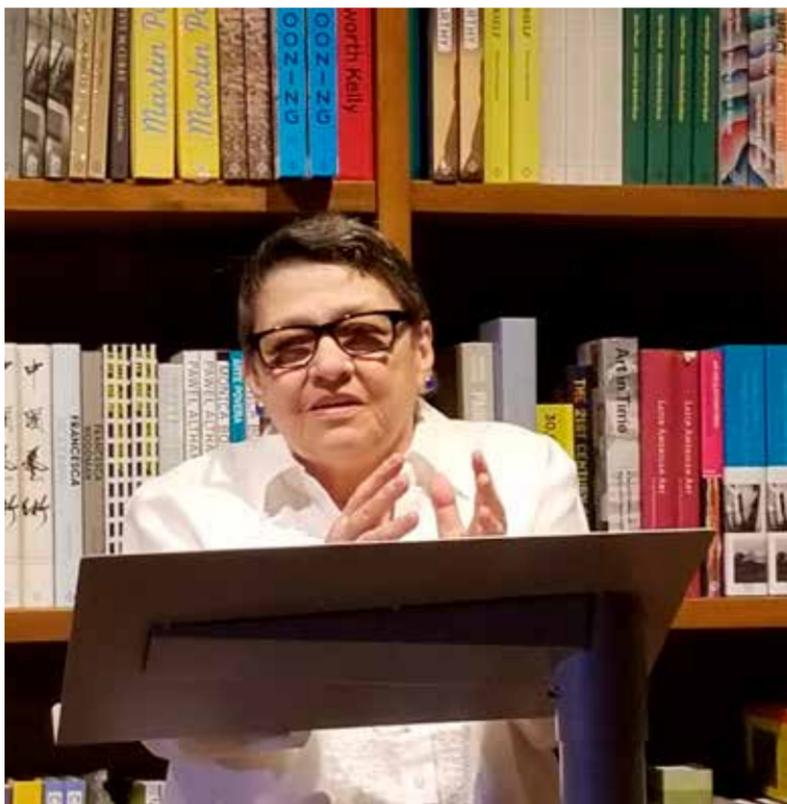


TABLA DE SALVACIÓN



Lilliam Moro en la presentación del poemario *El silencio y la furia* en la librería Books and Books de Coral Gables, el 21 de marzo de 2018. Foto: Carlos I. Naranjo

Lilliam Moro

TABLA DE SALVACIÓN

editorial **BETANIA**
Colección BETANIA de Poesía

Colección Betania de POESÍA
Dirigida por Felipe Lázaro

Portada: Ilustraciones de portada y de interiores de Pedro Martínez de Quesada.

PEDRO MARTÍNEZ DE QUESADA, pintor español (Jaén, 1957), estudió en Madrid en el Círculo de Bellas Artes y en la Escuela de Artes y Oficios, especialidad en pintura, color y composición con el pintor constructivista Gómez Perales.

Ha realizado más de 40 exposiciones entre individuales y colectivas.

Miembro fundador de los grupos Samator y Norma en la década de los setenta, con los que realizó exposiciones en Madrid.

Entre los premios de pintura recibidos están el Primer Premio La Arganzuela, Madrid, 1991; Segundo Premio La Vaguada, Madrid 1983 y el accésit al Premio Buero Vallejo, Madrid 1986.

Ha sido seleccionado en distintos certámenes como los premios Goya y Loreal.

Autor de murales en la Plaza Mayor de Madrid, 1986, su obra ha sido expuesta también en la Galería Orfila, Madrid, 2011; “Jardín Secreto”, en el Monasterio de Oña, en Burgos, del 2014 al 2017, y en el Hotel Gran Colón, Madrid, 2016-2017.

© Lilliam Moro, 2018
Editorial Betania
Apartado de Correos 50.767
28080 Madrid, España
E-mail: editorialbetania@gmail.com
Blog EBETANIA: <http://ebetania.wordpress.com>

I.S.B.N.: 978-84-8017-401-5.
Depósito legal: M-12081-2018.

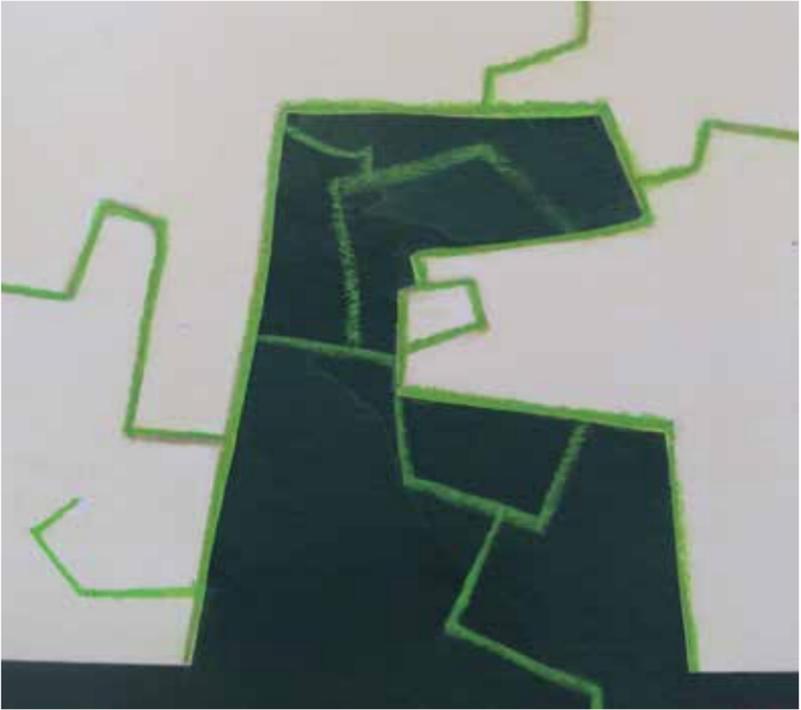
Hecho en España - *Made in Spain*

Para Julia Peña



I

DECLARACIÓN DE INTENCIONES



ARTE POÉTICA

Ninguna línea sobra
ni una palabra está de más
ni de menos.

Pero el poema todavía no existe
porque hay un verso único,
incontrable,
al que solo la furia luminosa puede tener acceso:
un destello que ciegue,
que contenga el misterio
y que nos corte la respiración.

AL PACIENTE LECTOR

Sin pedirte permiso
y apenas sin gramática
irrumpo ante tus ojos
con la caricia del lirismo
o con la bofetada del dolor.

No rompas el espejo que te pongo delante
porque en cada trocito habrás multiplicado
lo que no quieres ver.

Uso la insinuación como metáfora
para decirte lo que te molesta,
lo que viene a estropear una tranquila tarde
acompañado por un libro,
a ti, que ya creías que lo sabías todo.

Pero no: que nada es tan sencillo
cuando cae la noche
sobre tu desolado corazón,
cuando la piel del alma en carne viva
implora una esperanza;
cuando ya para qué.

Es evidente, educado lector,
que hablamos el mismo ácido idioma
aunque lo escriba yo.

ACCIÓN DE GRACIAS

Te agradezco, Señor,
el poder disponer de mis cinco sentidos,
de no ser manco, tullido, ciego o sordo.
Perdóname si no siempre me acuerdo de estos dones.

Gracias por no sentir vergüenza
de pronunciar tu nombre,
escribir y decir las palabras amor, o rosa o amistad
sin el menor rubor.
Perdóname si no siempre escribo y hablo lo que debo.

Pero sobre todo te agradezco esta profunda certidumbre
de creer que tanto dolor
tiene un sentido para ti que yo no alcanzo a comprender
y por lo cual te doy un voto de confianza.

EL OTRO Y YO

Te debo una
cuando rompieron los cristales de tu tienda
y luego te ducharon con un gas:
entonces yo miré para otro lado;

cuando te torturaron en una inmunda cárcel
pero yo estaba demasiado ocupado con mis cosas;

aquella vez te lapidaron hasta hundirte en la tierra
y yo tenía problemas económicos;

te humillaron por negro, por indio, por mestizo,
pero yo, qué le vamos a hacer,
soy blanco;

te debo una, juguete destrozado,
cuando te manosearon y te usaron,
pero a mí nunca me dio por esas cosas;

sonaron los disparos contra tu cuerpo atado
rematándote con el tiro de gracia:
yo, por entonces, había perdido un gran amor.

No me lo tengas en cuenta:
yo nunca le he hecho mal a nadie.

KINDERTOTENLIEDER

Se está tan bien aquí
a expensas de tu vida.
Déjame un poco más.

Yo quiero conocerte
fuera de ti,
cómo miran tus ojos
a los míos:
serán espejos
para saber quién soy.

Quiero dejar mi cara
sobre tu piel tan suave
porque será parecida a la mía.

Llenarme de tu olor,
llevármelo conmigo
allí donde me lances.

Permítete abrazarme,
protégeme del mundo
y de ti misma.

Mi vida a cambio
de tu remordimiento.

Veo una luz que no es la vida,
es la del túnel:
un regreso sin haber llegado.

Desmembrado
van sonando mis trozos
cuando caen en ese cubo de basura.
Tu corazón va cayendo conmigo.

CONTRA LA HISTORIA

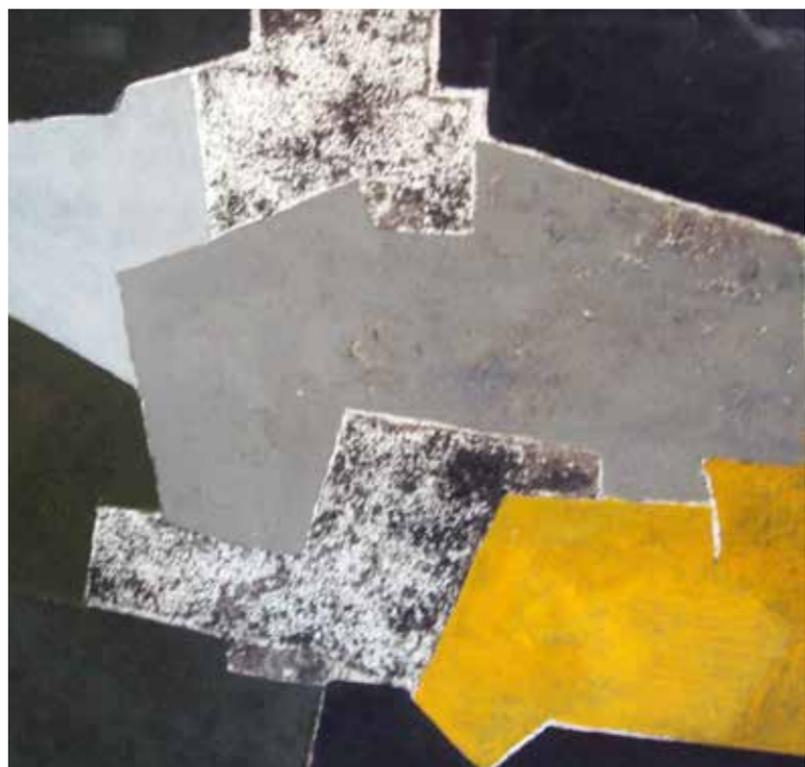
No me da miedo tu mayúscula
ni esas ínfulas que tienes de Absoluto.
Tus veredictos para mí no existen;
hace ya mucho tiempo que te bajé del altarcito
donde te rinden culto
los que han hecho de ti su nueva religión.
Allá en mi infancia
los adultos te mencionaban con toda reverencia
y quise conocerte
pero nadie supo decirme dónde estabas,
mientras más me trataban de explicar, más te perdía,
así que imaginé que eras un libro enorme
que no cabía entre mis manos
y por lo tanto en ningún sitio.
Cuando crecí me convencieron
de que nosotros éramos la Historia,
traté de entrar en ti
pero no te encontraba
porque seguías sin caber en mis manos.

Sin saber dónde estabas, llegué a vivir en ti
como lo hacía mi vecina la sorda,
el policía bruto de la esquina,
mi madre loca
y hasta mi gato blanco
que se perdió una noche de ciclón.

Esa es la Historia que encuentro en todas partes,
aquella que nadie tiene en cuenta,
la del temblor que a veces, sin testigos,
nos da la vuelta al alma como a un mojado calcetín,
o que a mi alrededor el mundo se hace trizas
y hay quien llora sin que nadie lo escuche.
Pero esto te lo callas,
no lo mencionas en tus falsarias páginas
porque la verdadera Historia,
esa que todavía no cabe entre mis manos,
la está escribiendo Dios.

POR FAVOR

Un aburrido mundo de obviedades,
de dos más dos son cuatro
y lugares comunes
me hace pedir, incluso por favor,
una tarde de tenues claroscuros
con argumentos poco convincentes
frente a una taza de té y tus palabras,
mientras de vez en cuando algún silencio
aparente cierta profundidad
y tomemos en serio esas medias verdades
que nunca afirman nada
excepto la certeza de la desvanecida luz
que nos envuelve,
la tarde que se diluye sin remedio
sin más explicaciones
como todo en la vida.



II

HOMENAJES



PIEDRAS EN LOS BOLSILLOS DE VIRGINIA WOOLF

Las toscas piedras llenaban tus bolsillos
porque no pretendías quedar flotando
como la dulce Ofelia.

El bastón lo dejaste colocado en la orilla
sobre la hierba húmeda.

El río te aguardaba.

Los aviones enemigos sobrevolaban
el cielo gris de Londres.

El río te aguardaba.

La gasolina escondida en el garaje
dispuesta para arder
antes de que tumbaran a patadas tu puerta
resultaba una opción demasiado dramática,
estridente.

El río te aguardaba,
te prometía un tránsito discreto
arropada con algas,
acompañada de diminutos pececillos.

A veces pienso
que quizás el impacto de tu cuerpo
con el agua tan fría
te hizo reaccionar,
pero ya tus gélidos y agarrotados dedos

no pudieron deshacerse con rapidez
de las pesadas piedras;
y fueron incapaces de mantenerte a flote
los adjetivos exactamente colocados,
los nombres tan cuidadosamente escogidos
en cada uno de tus párrafos
en esas construcciones sostenidas por un hilo invisible
donde la trama y el estilo y la vida
son una misma cosa;
no te ayudaron las últimas pruebas
que corregiste con esmero,
la desazón, las dudas ante un final que no te convencía
en tu última novela.

Este final tampoco.

Pero ahora te estás hundiendo sin remedio.
Imposible la segunda edición.

Lo primero que encontraron fue el bastón en la orilla.

LAS HILANDERAS, DE VELÁZQUEZ

Ariadnas laboriosas
fabrican la hilatura
con esa indiferencia de quien es diestro
a fuerza de costumbre.

Y cuando esté compacto y bien torcido el hilo de la vida,
alguien lo cortará con parecida indiferencia.

Pero a veces ocurre que enredan el ovillo
tras una risa inoportuna,
que distraídas con algún cotilleo
o cierta confidencia de un amorío torpe,
confunden la labor,
se hacen un lío las madejas,
y no hay nadie que pueda desenredar los hilos.

ANA MAGDALENA BACH

Para Mari Nieves Alonso

Ella sube despacio la escalera,
peldaño tras peldaño con sigilo
para evitar que la madera cruja.

Él trabaja en el cuarto de arriba, componiendo.

Ella le lleva la modesta cena
pero no quiere distraerlo, que no se sobresalte,
no vaya a ser que huya desconcertada
la celestial inspiración.

Por el espacio debajo de la puerta
ve filtrarse la luz y la armonía:
no sabe si es la vela que alumbra débilmente la estancia
o la iluminación divina que lo envuelve.
Lo imagina llenando el pentagrama
dirigido por la mano de un ángel.

No se atreve a llamar.
Coloca, silenciosa, la bandeja en el suelo.

Ignora, en su inocencia,
que a veces Dios está
en la sopa caliente que se ofrece
al otro lado de una puerta.

EL POETA MUERTO

*Para Amando Fernández,
in memoriam*

I

Yo no estuve a tu lado para morir contigo,
ni tan siquiera para coger tu mano
impregnándote en ella el suave tacto del amor.
Todo tenía que consumarse como estaba previsto:
que marchases deshecho,
aterido con el horror de los últimos meses:
la luz y las tinieblas las llevabas contigo
y eso era más que suficiente.

Desde entonces
siento tus ojos melancólicos como testigos compasivos
porque quizás donde ahora estés
no se pregunta y sobran las respuestas:
la comprensión debe ser
algo así como tus ojos melancólicos.

Sólo nos une ahora este silencio hecho de conjeturas,
la convicción de que en la vida siempre llegamos tarde,
y aceptar, con la conformidad que nos da la derrota,
que nunca se tiene una segunda oportunidad
cuando se necesita.

II

Aún conservo tu rostro en una vieja foto,
y la miro intentando reconocer quien fuiste.

Sin que apenas lo note
tu voz en mi memoria es un susurro
que ya casi no escucho.

Quiero encontrar el roce de tus dedos
sobre las páginas de algún libro querido
para pasar mi mano sobre el tacto que fue.

Sombra de hoy

cada día te pierdes más dentro de mí
y releo tus versos para encontrar el hálito esencial
que sobrepasa la memoria,
el alma que quizás me acompañe y yo no veo.

Sombra de hoy

y mientras tanto
esta pausa llamada la vida cotidiana.

EL TEMERARIO, DE TURNER

El resplandor rojizo del ocaso
ilumina el camino del bravo *Temerario*,
guerrero de los mares,
como un dios aún envuelto
en su último halo de esplendor,
pero ahora abatido, remolcado,
con el peso de tanto maderamen deshecho.
Ya no recibe órdenes de ningún almirante,
está deshabitada tanta armazón sin alma.
Dentro de poco será la leña que caliente
el recio corazón de alguno que conservó la vida,
o de quien fue testigo
del ímpetu orgulloso que dominó las aguas.
Miradlo bien:
una figura carcomida en el paisaje extático,
un fracaso final después de tanta gloria,
una bandera toda hilachas.
Con su pasado heroico camino del desguace,
queda sólo el color con que su imagen
se detiene en la historia,
una historia que ya ni su Graciosa Majestad recuerda.



III

ÁVILA EN EL CORAZÓN



A PROPÓSITO DE UN VERSO DE SAN JUAN DE LA CRUZ

Llegados a este punto
las puertas no se pueden abrir
ni se percibe ninguna luminaria
en el fondo del túnel;
tampoco hay ningún túnel,
sólo contamos con el pequeño espacio
donde se agita un torvo escalofrío.
Hasta hemos carcomido la cal de las paredes
y convertido en astillas los muebles,
las puertas, las ventanas.
Formamos parte de las ruinas.
Afuera está nevando.
Nada aparece.

Cuánto perderse en pos de lo inefable.

Ahora sólo se escucha como bajo continuo
resonando pausado en la celda interior
un verso,
como sombra y destello que se apaga y alumbra,
que cobra intensidad
pero luego es susurro mínimamente audible,
y no logramos entender
“un no sé qué que quedan balbuciendo”.

RECORDANDO A JOSEPH CONRAD

*Para María Vaquero,
in memoriam*

En Ávila está cayendo una lluvia delgada y pertinaz
que revuelve ciertas sombrías emociones.
Siempre el mismo sendero a través de la bruma,
abriéndonos camino entre los rostros,
a cuestras con un pesado saco de palabras de más,
de ingenuidades que hacen enrojecer,
tantos buenos propósitos,
y mapas mal trazados
que no nos condujeron a ninguna parte.

Si algunas piedras de la muralla de Ávila se soltasen,
toda se vendría abajo.
Es como arrancarle páginas a nuestra biografía:
este presente podría desmoronarse
con el polvo que desprenden
las construcciones que se precipitan.
Polvo y solo polvo, como bíblica admonición.
Pulvis et umbra sumus.
Estos lodos.

La realidad es demasiado escueta
para que podamos soportarla.
Dentro del corazón continuamente se entremezclan,
aparecen a cara descubierta o intercambian disfraces
la bondad y la sombra
la serenidad y el horror

el amor y el olvido,
mientras los días pasan comiéndonos el alma.

Abrirse paso entre la bruma,
difícil avanzar con tanto lodo
al corazón de la luz,
al corazón de las tinieblas.

LAS PALABRAS SE LAS LLEVA EL VIENTO

Para Carlos Espinosa Domínguez

Como si lo soplara algún dios iracundo,
el viento aquella tarde abulense nos lanzaba
por entre callejuelas y avenidas:
lo que apenas podíamos hablar
se escapaba en el aire que nos iba robando las palabras.
A veces es así, como el refrán que nos advierte
que las palabras se las lleva el viento.
Las escritas, a veces, sólo a veces,
resisten.
Y las que no se dicen, ¿dónde quedan?
¿en qué espacio virtual entre la mente y la garganta
se esconden, protegiéndose
de los vientos feroces,
de la página impresa?

LA TARDE Y EL CAOS

En Ávila la tarde se nos venía encima
en forma de destino
al andar por la calle
envueltas por el frío que ya era familiar.

Un café como siempre, cigarrillos
y palabras palabras para aplacar el caos.

Fuimos andando calle abajo
y sucumbimos al asfalto;
espantapájaros los escuálidos árboles
nos alertan, severos,
de que no quedará títere con cabeza.

Me siento poca cosa entre mis frases,
con los años que tengo
y cuando los espejos ya no me favorecen;
¡qué manía, qué vicio de presumir verdades
si por más que sea grave, solemne y reflexiva
todo parece tan vulgar!

Pero echaste a correr
tropezando con gentes y con ruidos,
frenética, corriendo.
Cuando pude alcanzarte jadeabas enfadada:
“¿qué es eso de hacer planes,

cuando mi corazón
es un zapato viejo dentro de un sucio charco?”

¿Qué nos queda intentar,
dónde meternos, te decía,
si el sol, acorralado por el gélido ambiente,
se mantiene impotente como un sueño frustrado?
¿en dónde guarecernos,
cómo cuidarnos de nosotras mismas
mientras la tarde, el café, las palabras palabras
ya no bastan, amiga, para seguir viviendo
como si no pasara nada?

NOCHE EN EL ANDÉN

Eres el tren que se aleja en la oscuridad
mientras yo me quedo con los últimos gestos inútiles
de haber querido alcanzarlo
mi paso apresurado

pero ya se iba
un punto pequeñísimo apenas;
sigo de pie en este andén de provincia
con el desconcierto que dejan los intentos fallidos,
aquí en la misma oscuridad en la que el tren se adentra
siguiendo la ruta acostumbrada de su itinerario.

Hace frío en el andén de Ávila;
el viento del norte hiere lo que queda de mí
mientras el tren se pierde en el olvido
como todos los trenes a los que he llegado tarde.

PASEO DE SAN ROQUE

Para Lourdes Cañas

Cada tarde
los bancos se van llenando de lo que pudo ser,
de mano sobre mano
y de esperar ya nada.

La tarde de verano va cayendo,
discretamente la noche se avecina,
las figuras se van difuminando entre los árboles:
sombras en el crepúsculo,
pero no esa otra sombra,
todavía no.

LA LUZ QUE AGUARDA

Para Alfredo Pérez Alencart

Más allá de la imagen
existe la Belleza que no se puede descifrar
ni aun cuando miramos fijamente
los ojos del cordero.

Es inasible la visión
de la luz redentora,
la que traspasa nuestra mente
que la deja escapar porque no sabe
manejar el misterio,
y se convierte en un interrogante
para toda la vida.

Únicamente el corazón
puede intuir cierto sentido
como un escalofrío.

Cuánta penumbra hasta llegar a Él.

El cordero de Dios o la Belleza
yace a los pies de cada uno
esperando.



IV

LOS CORAZONES DESBOCADOS



LOS CORAZONES DESBOCADOS

Hemos andado por la vida
comiéndonos el mundo,
haciendo fuego de los días
y fogatas con el calendario.
Nada teníamos, nada podíamos perder.
Sólo contaba el hoy.

Demasiado aspaviento.

El futuro llegó sin avisar,
y aquellas llamaradas
hoy son patéticos rescoldos volviéndose cenizas.

Las pocas certidumbres
se convirtieron en grandes ignorancias.

Sólo nos han quedado
montones de papeles, cartas amarillentas,
algún remordimiento
y muchas fotos en una caja de cartón.

LA MANCHA DE CAFÉ

La vida se te ha venido encima
como una inesperada mancha de café
sobre la ropa limpia.

Una sutil llovizna está cayendo
humedeciendo con discreción tu patetismo
para no dar la nota.

Sin embargo
tiene que haber otra manera
de recontar las sombras,
que las cuentas del debe y el haber
no den números rojos,
y que el café salpique
sin que manche tu ropa.

ANTE EL ESPEJO

Para Teresa T. Ares

Los pájaros persisten en su canto
desde el primer día de la creación;
el charco de la memoria a tu derecha
¿es éste el escondite de tu infancia
donde andabas descalza, aún sin miedo?
Un poco más atrás la melodía del bosque pretencioso
pero detrás de ti no hay nada
¿a qué hacerte creer que el bosque dice algo?
Detrás de ti sólo hay un muro, una noche
y unos pájaros torpes.
Podría imaginarte en paz contigo misma
porque lo has hecho lo mejor posible
y has llegado hasta aquí.
Pero ya te había dicho que nada de eso existe,
sólo un muro, una canción perdida, una vida vacía.
Estás de pie, te veo
valiente ante tu imagen como una triste reina
sin pajes y sin rey,
estás ahí
y éste no es aquel cuento
en que el espejo devuelve lo que quieres.

¿Quién pudiera pintarte, magnífica y serena
levemente crispada?
De pronto esa eres tú:
la soledad de pie tomando una figura
con la humillada dignidad del último guerrero
que aún siente en sus oídos la metralla cercana,

las ardientes arengas de la noche anterior;
todo ante esta derrota fue simple pasatiempo,
la venganza no existe
ni contra quién ni contra nada
es sólo el ruido sordo de las cosas comunes
mientras los años caen inevitables
con la esperanza atroz del día cotidiano.

Para ti misma extraña,
sólo sabes quién eres a través de los otros
y de tu nombre porque aparece en documentos oficiales;
estás aquí de pie mientras la vida ruge
pasa a tu alrededor
y muy cercano
el ajetreo de la calle
de los que compran y de los que venden
de los que odian o aman o trabajan o nada.

Pero tú ya no entiendes lo que oyes
¿qué golpe de insistencia te ha lanzado
a la fiel evidencia de ti misma?
Para qué, te preguntas, quizás no, eso es
olvida simplemente, no te digas ni intentes
una frase cualquiera
porque un día de pronto
no hay nada más que argumentar
sólo esos brazos caídos dicen algo,
está de más incluso aquél flequillo
sobre la frente húmeda
cuando el pájaro pérfido golpea.
Cabellera de imposible parábola:
hoy pareces perfecta mientras la noche cae.

¿Qué saben ellos,
los que se mueven detrás de las ventanas
que aquí se desarrolla la mejor de las vidas
inútil, sí, pero patética y tremenda?
Y el mar ¿qué sabe ahora
de esa frente torcida y esa media sonrisa?
En algún sitio escondes tu grandeza
pero tú misma no lo sabes.
No dejes que la imagen se interponga,
echa de ti la anécdota
no tienes qué ganar
ni contra quién arremeter,
no cedas, no, este segundo prolongado
de perfección irreplicable ante el espejo,
en la tarde que desaparece sin mostrarnos el límite
de la luz y la sombra:
sólo una débil niebla donde todo es posible.

PARAÍSO PERDIDO

Te he vestido de versos, de abrazos y palabras
en tres meses felices en tres años perdidos;
te cubrí con las hojas del árbol de mi infancia
para ponerte a salvo de ti misma;
puse a tus pies el mapa de una isla
para que hallaras el camino hasta mí.

En una pobre habitación también cabían
un mundo miserable, limitado y oscuro,
junto al cosmos sin límites
que iluminaba un fuego redentor.
Dios llegó a parecerse a un corazón humano
a punto de estallar dentro del pecho
que no podía contenerlo.

La plenitud es el destello de lo efímero.

Más tarde, sin embargo,
una melancolía se convirtió en pasión,
en un modo de vida.
(Mientras, el mundo entero comía y hacía planes
como si tal cosa).

Porque lo otro había sido lo otro:
demasiada osadía entre cuatro paredes.

CON LOS OJOS ABIERTOS

Una noche de insomnio es un cuaderno
lleno de historias inconclusas,
mal escritas,
con finales patéticos o sin ningún final,
es una mano abierta que no retuvo nada,
y siempre la esperanza que promete
lo que no va a cumplir.
Son todas las preguntas que se han hecho
y las que no se han enunciado todavía;
es la película vista tantas veces
pero de la que aún desconocemos el final;
los queridos recuerdos
y lo que no logramos sacudirnos de encima.

Una noche de insomnio son los ojos abiertos
en medio de la Nada
y el desconcierto de no encontrar a Dios.



EPÍLOGO



ORACIÓN PARA EMPEZAR EL DÍA

Un día más con la tibieza del olor a café,
que nos abraza como si fuera Dios;
habrá que repasar los planes que no se cumplirán
y algún que otro añadido por si nos queda tiempo.

Quiero la paz de la cálida sopa
sobre el limpio mantel;
que se mantenga todo en mi memoria
porque es mi fe de vida;
y que pueda escribir ese perfecto verso
que aún aguarda, paciente, su rescate
de la palabrería.

Déjame un día más la engañosa esperanza
para que apague el ruido de los actos perdidos.

Que hoy todo sea tan suave como el tacto
que siempre eché de menos de mi madre;
armonioso este día como el *Concierto de Aranjuez*,
arropada por el escalofrío de un verso de Vallejo,
y por las hilanderas de Velázquez.

Déjame así, con un libro entreabierto
y la vista cansada
viendo pasar la tarde que se pierde en la noche
como estaba previsto
en tu perfecto plan.

TU NOMBRE

La paz lleva tu nombre
como el Amor es el Amor sin otra añadidura.
Si lo pronuncio quedamente
mi voz con letras me recorre dentro
como la sangre misma que arrastra las escorias
de las que no sabemos prescindir
porque el dolor se ha vuelto una costumbre.

Limpia toda mi alma para dejarla como era
antes de yo existir con nombre y apellidos,
cuando era sólo la posibilidad
de tu perfecto hacer.

Pero si lo que pido ya llega con retraso,
déjame entonces que te siga nombrando,
Señor, con el silencio.

ELEGÍA DE MADRID

(11 de marzo de 2004)

polvo serán, mas polvo enamorado.

(FRANCISCO DE QUEVEDO)

*Para María del Carmen Martínez de Quesada,
paradigma de la amistad*

I

Ya no se escucha el eco del disparo de Larra,
ni los pasos de Fortunata recorren la calle de Toledo;
no se ilumina el cielo con el fulgor de la fusilería
en la montaña del Príncipe Pío;
tampoco nos envuelve el olor de ese pan,
aún crujiente,
que sale de la tahona de don Pío Baroja
en la calle de Santiago.
Se ha perdido el susurro
de las frases malvadas de Quevedo;
también el paso ansioso,
enamorado, terco, de tanto ir y venir
sobre la misma acera, bajo el mismo balcón de Lavapiés,
de ese Lope de Vega vivaz y antojadizo.
No se pregonan pavos y lombardas
en la Cebada y San Miguel
entre el melancólico humo de castañas asadas.

Un estremecedor amanecer ha roto el alma de Madrid.

II

Llevan a cuestras los afanes del día:
la agenda con las citas,
el mono y el almuerzo en una bolsa,
los libros, el cuaderno y el temor al examen;
la lejía, los guantes, el trapo de limpiar.
Están allí con sus afanes y sus deudas,
con la prisa de siempre

que ya esta vez no les sirvió para llegar a tiempo
porque los trenes quedaron atrapados
en el trayecto acostumbrado
pero a un destino que no estaba previsto,
en el apeadero que improvisó la Muerte,
que pospuso para siempre las citas
y suspendió de golpe los exámenes;
que dejó con su polvo
las ventanas de muchas oficinas
y tantos y tantos ladrillos sin poner.

III

Las buenas intenciones
bajan de prisa de las ambulancias,
se abren paso
apartando los hierros y plásticos calientes,
cuidando de no pisar los restos de la vida.

Las buenas intenciones
visten un uniforme de rayas fluorescentes
para luchar contra la Muerte.

Pero si no se puede,
sostienen una mano,
acarician el rostro de aquel que ya se va
llevándose consigo esa mirada ajena
como si fuera la compasión de Dios.

IV

¿Cuál fue mi nombre hasta aquella mañana?
¿Y el apellido, mi engarce familiar,
donde constaba que era mío un pasado que estaba ahí
antes de yo nacer?
¿Y mis huellas, para dar fe legal de que soy único?
Se deshicieron pegadas a hierros retorcidos, candentes,
porque el horror no tuvo miramientos
con los detalles personales.

V

Esa persona iba arropada por la santa rutina,
asida por costumbre a tres o cuatro ideas,
el café que no falte,
el periódico,
la paga, la tarjeta de crédito.

Pero de pronto
no tuvo tiempo de recordar las tres o cuatro ideas,
el café se enfrió en la barra del bar acostumbrado,
las hojas del periódico ardieron en el aire,
la paga no superó la espera del día 11 a fin de mes,
y la tarjeta de crédito se derritió dentro de su bolsillo.

Su teléfono móvil está sonando ahora
pero nadie contesta.
La música festiva de ese timbre
no viene bien con el contexto.

Coged ese teléfono:
quizás es Dios quien llama.

VI

Un niño inédito
sin antes ni después,
era el esbozo de una vida.

VII

El cuerpo está deshecho
¿dónde el alma?
El cuerpo en una bolsa
¿y el alma?

VIII

De pronto no hubo día de mañana.
Súbitamente
los proyectos se quedaron en eso,
los problemas, resueltos,
las deudas se saldaron:
por fin quedó pagada la hipoteca.

IX

¿Quién eligió mi vida y no la tuya
cuando tu cuerpo, precipitado sobre el mío,
se convirtió en mi escudo?
¿Qué azar me colocó detrás de tu existencia?

¿Quién apostó por mí en contra tuya?
Para mí tú eres Dios.

X

Si ya el idioma resulta insuficiente
porque tanto dolor ha superado el diccionario,
y la prosa es tan torpe, tan sumamente torpe,
hay que aceptar humildemente
que hemos perdido las palabras.

Porque lo que ha ocurrido es una inmensa errata
que Dios no corrigió.

XI

Y están los condenados a vivir como sordos,
contemplando la vida
como una apresurada película silente;
los amputados, que se sienten una media persona.

Todos han aprendido a convivir con ese estruendo
que todavía está sonando,
que no se acalla nunca dentro del corazón.

XII

¿Cómo quedan, Señor,
los que no saben que se han muerto?



ÍNDICE

I. DECLARACIÓN DE INTENCIONES

Arte poética	11
Al paciente lector	12
Acción de gracias	13
El otro y el yo	14
<i>Kindertotenlieder</i>	15
Contra la historia	17
Por favor	19

II. HOMENAJES

Piedras en los bolsillos de Virginia Woolf	23
<i>Las hilanderas</i> , de Velázquez	25
Ana Magdalena Bach	26
El poeta muerto	27
<i>El temerario</i> , de Turner	29

III. ÁVILA EN EL CORAZÓN

A propósito de un verso de San Juan de la Cruz	33
Recordando a Joseph Conrad	34
Las palabras se las lleva el viento	36
La tarde y el caos	37
Noche en el andén	39
Paseo de San Roque	40
La luz que aguarda	41

IV. LOS CORAZONES DESBOCADOS

Los corazones desbocados	45
La mancha de café	46
Ante el espejo	47
Paraíso perdido	50
Con los ojos abiertos	51

EPÍLOGO

Oración para empezar el día 55

Tu nombre 56

ELEGÍA DE MADRID 57

Este libro se terminó de imprimir
el día 2 de mayo de 2018.



editorial **BETANIA**

Apartado de Correos 50.767 Madrid 28080 España.

E-Mail: editorialbetania@gmail.com

<http://ebetania.wordpress.com>

RESUMEN DEL CATÁLOGO (1987-2018)

Colección Betania de Poesía:

La novia de Lázaro, de Dulce María Loynaz.

Voluntad de Vivir Manifestándose y Leprosorio (Trilogía Poética), de Reinaldo Arenas.

Piranese, de Pierre Seghers. Traducción de Ana Rosa Núñez.

13 Poemas, de José Mario.

Venías, de Roberto Valero.

Un caduco calendario, La luz bajo sospecha y Érase una vez una anciana, de Pancho Vives.

Confesiones eróticas y otros hechizos, de Daína Chaviano.

Oscuridad Divina, Polvo de Ángel y Autorretrato en ojo ajeno, de Carlota Caulfield.

Hermana, Hemos llegado a Ilión, Hermana/Sister, Dos mujeres, Volver y Hemos llegado a Ilión (1ª y 2ª edición) y Amor fatal, de Magali Alabau.

Altazora acompañando a Vicente, Merla y Quemando Luces, de Maya Islas.

Delirio del desarraigo (1ª y 2ª ed.), Psicalgia/Psychalgie (1º y 2ª ed.), de Juan José Cantón y Cantón.

Noser y Sin una canción desesperada, de Mario G. Beruvides.

Los Hilos del Tapiz y La Resaca del Absurdo, de David Lago González.

Blanca Aldaba Preludia, de Lourdes Gil.

Tropel de espejos, de Iraida Iturralde.

Puntos de apoyo y Soledades, de Pablo Medina.

Hasta agotar el éxtasis, de María Victoria Reyzábal.

Señales para hallar ese extraño animal en el que habito, de Osvaldo R. Sabino.

Leyenda de una noche del Caribe, Vigil / Sor Juana Inés / Martí, Bajel último y otras obras y Calles de la tarde, de Antonio Giraudir.

Cuaderno de Antinoo, de Alberto Lauro.

Poesía desde el paraíso, Cosas sagradas y Resaca de nadas y silencios, de Orlando Fondevila.

Memoria de mí, de Orlando Rosardi.

Equivocaciones, de Gustavo Pérez Firmat.
Fiesta socrática, Versos como amigos y Los silencios del rapsoda, de Florence L. Yudin.
Hambre de pez, de Luis Marcelino Gómez.
Juan de la Cruz más cerca, Batiburrillo y Canciones y Ocurrencias y más canciones, de José Puga Martínez.
Cuerpo divinamente humano y Vidas de Gulliver (1ª, 2ª y 3ª ed.) de León de la Hoz.
Hombre familiar o Monólogo de las Confesiones y Bajó lámparas festivas, de Ismael Sombra Haber.
Mitologías, de María Elena Blanco.
Entero lugar e Íntimo color, de Laura Ymayo Tartakoff.
La Ciudad Muerta de Korad, de Oscar Hurtado.
No hay fronteras ni estoy lejos;... Se ríe de esquina peligrosa, ¿Qué porcentaje de erotismo tiene tu saliva?, Una cruz de ceniza en el aliento, Que un gallo me cante para morir en colores;... Y se te morirán las manos vírgenes de mí, No sé si soy de agua o de tu ausencia, La cadena perpetua de nunca olvidarte, Le puse alas al mar para que viniera a verme, Cuando el mundo se afeita la tristeza, Ciudadano de un archipiélago de ternura, La isla que me llamaré siempre y Perdido en la placenta del tiempo, de Roberto Cazorla.
Oasis, de José Ángel Buesa.
Versos sencillos, de José Martí.
Voces que dictan y Reinenciones. Poesía desde el pensamiento, pensamiento desde la poesía, de Eugenio A. Angulo.
Tantra Tanka, de Aristides Falcón Paradí.
La casa amanecida y El invitado, de José López Sánchez-Varos.
Sombras imaginarias, Vigilia del aliento y Sigo zurciendo las medias de mi hijo, de Arminda Valdés-Ginebra.
De Dos que el amor conocen, de Pedro Flores y Lidia Machado.
Rosas sobre el cemento (Poemario de la primera mitad del siglo), de Carlos Pérez Casas.
Catavientos, de Lola Martínez.
País de agua, de Carlos E. Cenzano.
Desde los límites del Paraíso y Alicia en el Catálogo de Ikea-La noche de Europa, de José Manuel Sevilla.
En las regiones del dios Pan, de Carlos Miguel González Garrido.
La flauta del embaucador, de Eduarda Lillo Moro.
Madona, de Jaume Mesquida.
Poemas a ese otro amor, Desencuentros, Símpatos, Sentimientos y Hue-llas, de Víctor Monserrat.
Los vencidos, de Joaquín Ortega Parra.
El viaje de los elegidos, de Joaquín Gálvez.
Una suma de frágiles combates, de Lucía Ballester.
Lo común de las cosas, de Ricardo Riverón Rojas.
Melodías de mujer, de Joely R. Villalba.

La guadaña de oro y Jesús, tú eres mi alegría y El hotel de los lunes, de José Villacís.

Amaos los unos a los otros, de Oscar Piñera Arenas.

Numeritos y palabras, de Roberto Ferrer.

Afuera, de Camilo Venegas.

Vendedor de espejos, de Elicer Barreto Aguilera.

Hasta el presente (Poesía casi completa) y Otro fuego a liturgia, de Alina Galliano.

Fugitiva del tiempo, de Emilia Currás.

Cuba, sirena dormida, Refranero español de décimas y Hontanar. Antología de décimas, de Evelio Domínguez.

La memoria donde ardía, de Olga Guadalupe.

Contemplación. Thoughts and Poems, de Ileana González Monserrat.

Tribunal de sombras, de Guillermo Arango.

Las palabras viajeras y Visiones de mujer con alas, de Aimée G. Bolaños

Cuba en verso: la isla entre rejas, de Ada Bezos Castilla.

Adán en el estanque, de Yoandy Cabrera.

Lenguaje de mudos, de Delfín Prats.

Vida ensombrecida, de Eugenia Muñoz.

El duende (Poemas y cuentos) y Heridas (Poemas), de Víctor Reynaldo Marrero Pérez.

Los poetas nunca pecan demasiado, de Manuel A. López.

El centeno que corta el aire, de Margarita García Alonso.

El libro de las conversiones imaginarias, de Jorge Luis Arcos.

La casa de mis abuelos (Poemas y cartas), de Castor González Madrazo.

Los poemas de Suecia / The Sweden Poems, de Oliver Welden.

Cuba: Poema mitológico, de Guillermo Rodríguez Rivera.

Los cristales que te hincan, de Lina de Feria.

El ángel o la bestia, de Tamara G. Méndez Balbuena.

El ojo de la gaviota y Los cuervos y la infamia, de Félix Anesio.

Sepia, de Ena Columbié.

Cierro mis ojos y escribo estos poemas, de Alberto Muller.

Copos en la piel, de Carlos I. Naranjo.

Rimas del alma. Observando el mundo, de Carlos M. Taracido.

Tabla de salvación, de Lilliam Moro.



Foto: Jacqueline Alencar

LILLIAM MORO

(La Habana, Cuba, 1946). En 1965 obtuvo el Primer Premio de Poesía con *El extranjero* en concurso celebrado entre las universidades de la Isla. Perteneció al grupo de Ediciones El Puente. Fue profesora de Literatura de preuniversitario y sus críticas literarias y poemas se publicaron en la prensa periódica de la Isla.

En 1970 se marchó de Cuba hacia España, donde ha vivido más de cuatro décadas. Actualmente reside en Miami, Florida, EE.UU.

Ha publicado los poemarios *La cara de la guerra* (Madrid, 1972), *Poemas del 42* (Madrid, 1989), *Cuaderno de La Habana* (Madrid, 2005), *Obra poética casi completa* (Miami, 2013), *Contracorriente*, ganador del prestigioso Premio Internacional de Poesía “Pilar Fernández Labrador” (Salamanca, 2017) y *El silencio y la furia* (Miami, 2017). *En la boca del lobo* obtuvo el Premio de Novela “Villanueva del Pardillo” (Madrid, 2004). También es autora de varias ediciones críticas de clásicos de la literatura española y de numerosos artículos de crítica literaria.



9 788480 174015 >

editorial **BETANIA**

Colección BETANIA de Poesía